

feas y tan fieras figuras, sino de hombres. A esto se puede responder que como a veces aparecían a algunos en aquellas diversas formas que querían fingir, ora fuese en visión o en sueños (los cuales ellos mucho creían), parecióles figurarlos como los vían o soñaban. Y la razón porque los demonios les debían de aparecer en aquellas terribles y espantosas figuras, sería porque todo lo que hacían los indios, aunque fuese en servicio de sus dioses, lo hacían por temor. A esta causa ellos les aparecían y los ministros los hacían pintar tan horribles, porque les tuviesen más temor, como gente que por sus pecados así merecían, permitiéndolo Dios por secreto juicio suyo.

CAPÍTULO XLVII. *De lo que tenían por demonio, y de cómo les aparecía algunas veces; y qué sentimiento tuvieron de el ánima*



LO QUE LOS INDIOS EN SU INFIDELIDAD tenían por demonio, no era ninguno de éstos (aunque tan fieros, y mal agestados y que realmente lo eran) sino a una fantasma o cosa espantosa que a tiempos espantaba a algunos, que a razón sería el mismo demonio. Y a esta fantasma llamaban ellos Tlacatecoltl, que quiere decir persona, búho o hombre, que tiene gesto o parecer de búho, la cual dición componen de tlatatl, que es persona, y tecolotl, que quiere decir búho; porque como el búho les parecía de mala catadura y aun de oír su triste canto se atemorizaban de noche (y hoy día muchos de ellos se atemorizan y lo tienen por mal agüero). A esta causa aplicaban su nombre a aquella temerosa fantasma, que a veces aparecía a algunos y los espantaba. Y no ha dejado de aparecer y espantar a algunos indios, después de cristianos, en aquella forma y en otras muchas, como otros religiosos y yo lo hemos sabido de ellos, viniendo espantados a consolarse con nosotros, acabando de ver diversas visiones, que como el demonio los conoce por tímidos y pusilánimes, procura de inquietarlos por esta vía, por hacerles vacilar en las cosas de la fe. Un cacique de Amaquemecan, en tiempos pasados, dijo a cierto religioso que a su padre le aparecía el demonio en figura de mona a las espaldas, sobre el un hombro, y volviendo a mirarle se le volvía al otro; y así andaba jugando de una parte a otra. Otras veces dicen, que aparecía a alguno realmente en figura de fantasma y persona muy alta, y que el que tenía ánimo asía dél y no le dejaba hasta que le prometiese o hiciese mercedes, de manera que con su ayuda pudiese prender a algunos en guerra, por donde fuese estimado y valiese y tuviese de comer; porque éste era el medio por donde los indios eran más tenidos y subían a mayores estados. Morando el santo varón fray Andrés de Olmos en el convento de Cuernavaca, se averiguó haber el demonio aparecido a un indio en figura de señor o cacique, vestido y como puesto con joyas de oro, y esto fue por la mañana, y le llamó a un campo y le dijo: ven acá, fulano, ve y dí a tal principal, ¿que cómo me ha

olvidado tanto tiempo? Que diga a su gente me vayan a hacer fiesta al pie del monte, porque no puedo entrar ahí donde vosotros estáis, que está ahí esa cruz; y dicho esto desapareció. El indio hizo el mensaje que el demonio le mandó, y el principal, que se decía don Juan, con gente que llamó, fue a hacer la dicha fiesta y allá se sacrificaron y hicieron su ofrenda. Y cierto discípulo criado entre los frailes los descubrió y fueron presos y castigados (aunque con misericordia, por ser nuevos en la fe). Y el dicho padre fray Andrés preguntó al mismo indio, a quien el demonio había aparecido, lo que con él pasó; y halló que por ser falto de fe y hacer oración a sus dioses o ídolos antiguos, le había tomado por ministro y mensajero para engañar a otros; y escribió el dicho padre la oración o palabras con que había orado; y en suma era, que pedía a su dios ser llevado de esta vida, pues ya eran esclavos y les era tomada su tierra y no estaban en su libertad; mas no porque él de corazón quisiese morir (según dijo), sino porque no podía con libertad ni a su placer vivir; y esta imprecación ha sido muy usada de los indios afligidos. Cerca del ánima había entre los indios diversas opiniones. Los otomíes, que tienen lenguaje por sí, como menos políticos pensaban que con la vida del cuerpo acababa también el ánima. Mas en general los mexicanos y los demás que participan su lengua (que llaman nahuas) tenían que, dejado el cuerpo, iban las ánimas a otra parte; y señalaban distintos lugares, según las diferencias de los muertos y de la manera en que morían. Decían que los que morían heridos de rayo iban a un lugar que llamaban Tlalocan, donde estaban los dioses que daban el agua a los cuales llamaban tlaloques; y los que morían en guerra iban a la casa del sol; mas los que morían de enfermedad, decían que andaban acá en la tierra cierto tiempo; y así, los parientes los proveían de ropa y lo demás necesario en sus sepulcros; y al cabo de aquel tiempo decían que bajaban al infierno, el cual repartían en nueve estancias. Decían que pasaban un río muy ancho y los pasaba un perro bermejo, y allí quedaban para siempre; que alude a la laguna Estigia y al cancerbero de nuestros antiguos gentiles. Los de Tlaxcalla tenían que las ánimas de los señores y principales se volvían nieblas y nubes y pájaros de pluma rica y de diversas maneras y en piedras preciosas de rico valor; y que las ánimas de la gente común se volvían en comadrejas y escarabajos hediondos y animalejos que echan de sí una orina muy hedionda y en otros animalejos rateros. Otras muchas opiniones y disparates había entre ellos, como en gente sin lumbre de fe y apartados del verdadero conocimiento de nuestro Dios y Señor, criador del cielo y de la tierra.

